



PAOLA ANGELI BERNARDINI, *Donne e dee nel Mediterraneo antico*, Bologna: Società Editrice il Mulino, 2022, 208 págs. + 8 láminas. ISBN: 978-88-15-29534-7

Paola Angeli Bernardini, Catedrática Emérita de Griego de la Universidad de Urbino, tiene como objetivo en este libro destinado a un perfil amplio de lectores contribuir a la reconstrucción de un aspecto importante de la vida de los antiguos griegos y de los pueblos costeros del Mediterráneo: la presencia de las mujeres en sus aguas. Tal presencia no fue tan escasa ni poco importante como podría parecer hasta hace pocos decenios en comparación con el papel predominante desempeñado en sus aguas por los varones, mejor conocido y estudiado porque son ellos quienes desde antiguo se convirtieron en centro de la atención de poetas, historiadores, oradores y mitógrafos de su mismo sexo, frente a la tradicional circunscripción de la mujer a la casa (el *óikos*), lejos de la vida pública. ¿Puede seguirse considerando –según hacían los autores antiguos– a Odiseo como ejemplo de la tendencia de los varones al movimiento y a Penélope como la de las mujeres a vivir de forma estable en un mismo lugar? Para dar respuesta a esta pregunta y tras treinta años de estudios propios sobre algunos de los aspectos recogidos en el libro, Bernardini conjuga el testimonio que proporcionan los textos literarios (principalmente griegos) con datos provenientes de la historia, la geografía antropológica y cultural y el arte, los cuales muestran que el Mediterráneo antiguo era un lugar de intercambio, interacción y mezcla del que no estaban excluidas las mujeres, centro de su atención. Y, tras haber examinado en los once capítulos que conforman la primera parte del libro (*Il racconto*) un gran número de relatos provenientes de la tradición mítica y el folclore regional o local y las novedades introducidas por la novela helenística, la autora dedica los cuatro capítulos de la segunda parte del volumen (*La realtà*) a establecer correspondencias entre el mito y la vida de las antiguas poblaciones mediterráneas, para conocer cuál era la posición de las mujeres de carne y hueso frente a la experiencia marítima, fuera esta fruto de libre elección o forzosa. Además de recurrir a la historiografía y la oratoria política y judicial, Bernardini examina ahora también los datos que proporciona la comedia, que resultan tan relevantes como los de la épica, la lírica y la tragedia al hablar de las mujeres míticas. De esta manera el libro presenta en su segunda parte, más breve que la primera, una sintética y sugerente panorámica, abierta a ampliación, sobre la vida de las mujeres reales de toda clase y condición que abandonaban las reducidas fronteras del hogar, no solo por mar. También resultan muy interesantes las observaciones realizadas a lo largo de la obra sobre el empleo, a nivel lingüístico, de similitudes, imágenes y metáforas náuticas, referidas al ámbito amoroso, erótico, político, bélico y deportivo.

La religión griega contaba con diosas, criaturas prodigiosas y figuras monstruosas femeninas relacionadas con el mar, además de sacerdotisas, algunas de las cuales entraron a formar parte del mito, y son presentadas y analizadas con detenimiento para los lectores no especialistas. Entre las primeras destacan de modo especial dos

diosas itinerantes que llegan a Grecia desde otras zonas del Mediterráneo y se acaban incorporando al panteón griego primero, y al etrusco y al romano después: Astarté e Isis. Por otra parte, cuatro diosas olímpicas eran protectoras de los marineros: Afrodita, Atenea, Ártemis y Hera. En los fondos marinos vivían las hijas de Nereo, que cumplen una importante función genealógica, destacando entre ellas Anfitrite y Tetis, pero también entre las aguas se encontraban monstruos femeninos híbridos y terribles, como Escila, Caribdis y las Sirenas. Sacerdotisas que desempeñaron el importante papel de extender y el culto de Ártemis a lugares remotos por vía marítima y mantener sus ritos fueron, según Estrabón, Aristarque, mujer focense (no una divinidad, contra lo que se indica en pág. 49) a quien Ártemis Efesia ordenó en sueños tomar una reliquia y embarcar junto a los de su ciudad cuando iban a abandonar su tierra, convirtiéndose en sacerdotisa del templo de la diosa en la recién fundada Marsella –desde donde el culto se extendió a nuevas colonias mediterráneas– y, en el mito, Ifigenia, custodia de una estatua de Ártemis en tierra de los Tauros (la actual Crimea). No se puede olvidar, además, a dos bien conocidas señoras del mar: la maga Circe y la ninfa Calipso, que pertenecen a la categoría de diosas/mujeres que transmiten a mortales escogidos la experiencia de quien vive en una isla –tan útil en el caso de Odiseo para no perder la vida en el viaje– y que muestran unidos los caracteres de duplicidad propios de las ancestrales figuras femeninas mediterráneas, tan impredecibles como el mar, que es unas veces benévolo y otras amenazante.

El mito proporciona imágenes de heroínas errantes del imaginario colectivo de los griegos que recorren el Mediterráneo y desempeñan un importante papel relacionado con las rutas marítimas y los contactos entre países y poblaciones diversas, convirtiéndose en tema de narraciones épicas, líricas y dramáticas, además de estar muy presentes en el arte, la logografía y la mitografía. Algunas dan su nombre a ciudades (Cirene, por ejemplo), fuentes (Aretusa), tramos marítimos (Hele), regiones o islas (Eubea), etc., pero la categoría más rica desde el punto de vista narratológico es aquella a la que pertenecen muchachas bellas como Europa, Ío, Tiro, Etra, Ifimedeia, Hipótoe, Némesis y Oritía, que son deseadas y perseguidas por un dios y, víctimas de estupro, reciben como compensación una descendencia ilustre; otras heroínas como Helena, Ariadna, Medea, Fedra o Dido no son víctimas pasivas, sino que suben a las naves siguiendo sus deseos e impulsos amorosos o lloran junto al mar su desesperación. A veces, pocas, las mujeres afrontan el mar en grupo, generalmente forzadas por la necesidad, como les sucedió a las Danaides, las Asópidas, las Ménades y las siete jóvenes atenienses destinadas periódicamente como pasto para el Minotauro. La guerra tenía, también, terribles consecuencias para el destino de las mujeres, y de ello son buen ejemplo Hécuba, Andrómaca y Casandra.

El Mediterráneo fue además lugar de muerte, suicidios y feminicidios, en ocasiones no consumados. De las varias causas posibles de muerte por ahogamiento en el caso de las mujeres –castigo, miedo, venganza, ordaña, desesperación o pasión amorosa–, la última es la que aparece más a menudo en las historias que terminan mal, como es el bien conocido caso de Hero, pero otras veces el *katapontismós* mítico explica los orígenes o las causas de seres o costumbres existentes, resultando especialmente atractivas las metamorfosis (Alción, Hele, Escila, Ino, Asteria). También es interesante subrayar que algunas de las féminas que escapan a la muerte delegada en el mar son o serán madres de descendientes ilustres, como les sucedió a Dánae, Auge, Reo, Frónima y Sémele según una versión del mito transmitida por Pausanias, mientras que otras, como Britomartis, Admeta, Andrómada y Aretusa, son persona-

jes activos y portadoras de innovaciones, mejoras, fundaciones e incluso artífices de una expansión comercial.

La parte dedicada al *racconto* por Bernardini concluye en época helenística, cuando en la novela, que muestra influencia del patrimonio narrativo oriental, cristaliza de forma definitiva la relación entre la mujer y el mar, centrándose el relato sobre todo en los aspectos eróticos de las aventuras marinas, incluidos los naufragios y salvamentos vividos por Calíroo, Cariclea, Antía, Leucipa y la isleña Cloe, sus protagonistas, quienes encontrarán en el mar el reflejo de sus propias emociones.

Por lo que se refiere a las mujeres de carne y hueso, parece evidente que en Grecia no habrán faltado desde antiguo ocasiones para que tanto solteras como casadas afrontaran las fatigas de la navegación debido a razones religiosas, migratorias, económicas, comerciales, incluso domésticas y sexuales, generalmente bajo la protección o custodia de los varones. Para su examen resulta especialmente útil establecer diversas tipologías de mujeres conforme a su clase social y, en su caso, categoría profesional, porque con el paso del tiempo fueron teniendo lugar en Grecia cambios importantes que permitieron a la mujer ocupar espacios públicos y encargarse del bien común. Entre estas últimas son especialmente relevantes algunas mujeres poderosas, prestigiosas por su linaje, posición social y responsabilidades, cuyas gestas subrayaban por un lado su excepcionalidad y por otro les dotaban de un carácter paradigmático que ha llegado hasta nuestros días. Algunas, como Artemisia, Arsínoe II o Teuta, son *strong-minded women*, habituadas al poder y al mando; otras mujeres relevantes eran sacerdotisas que tras largos viajes por mar llegaban a santuarios ya preexistentes o colaboraban en la fundación de otros nuevos adquiriendo así un importante papel social con grandes responsabilidades, como la ya mencionada Aristarque, sacerdotisa de Ártemis, o Nicipa, sacerdotisa de Deméter. Por razones religiosas también se desplazaban mujeres a santuarios, aunque este tipo de alejamiento del hogar esté peor documentado que en el caso de los varones. Y ocupan un lugar especial mujeres como las jóvenes de los tíasos de Safo, de Gorgo o de Andrómeda que se desplazaban a Lesbos desde Lidia, Chipre y Asia Menor (e incluso la propia Safo habría realizado un viaje de ida y vuelta de Mitilene a Sicilia, según el *Marmor Parium*, aunque, a diferencia de lo que sucede con los varones, sabemos poco o casi nada sobre las mujeres que practicaban actividades de tipo intelectual: poesía, filosofía y oratoria).

La necesidad y el hambre empujaban al mar a las mujeres de clase social humilde, o pobres, en compañía de los colonos. También el final de una guerra tenía como efectos indeseados la huida, el exilio y la búsqueda de un nuevo lugar donde asentarse, del mismo modo que sigue sucediendo en nuestros días, de lo que da buen testimonio la prensa. Tampoco tenían capacidad de elección las nacidas esclavas y la literatura antigua proporciona muchos ejemplos de mujeres que ejercían funciones de nodrizas, siervas o esclavas, abocadas a un destino difícil y desventurado, similar al que vivirían mujeres reales. En cuanto a las prostitutas, que podían pertenecer a estratos sociales y económicos diversos (piénsese en Alce, Neera, Aspasia, Euxipe o Ródope), su propio oficio les obligaba a la movilidad: en la institución de una colonia, que reproducía bastante fielmente la organización de una ciudad griega, la presencia de prostitutas era tolerada e incluso favorecida, y, aunque la mayoría eran de ínfima categoría, algunas adquirieron notoriedad y buena posición social, como Lais y Friné. Sin embargo, el *katapontismós* fue castigo impuesto por Periandro a quienes regentaban burdeles con el fin de moralizar la ciudad de Corinto, y Cleomis

de Metimna encerró en sacos a quienes empujaban a mujeres libres a la prostitución y a tres o cuatro de las meretrices más famosas y los echó al mar.

Bernardini no olvida, finalmente, la existencia segura o muy probable de otros dos tipos de mujeres viajeras: por un lado vendedoras y *mediadoras de contacto* en la fase de compraventa vinculadas a comerciantes y, por otro, profesionales itinerantes de artes poéticas o musicales, como la flautista Nano, acompañante de Mimnermo. A partir de época helenística se abrió al fin para la mujer la posibilidad de participar en concursos y actividades artísticas como el canto, la música, el baile y las acrobacias, y algunas estarían dispuestas a moverse para conseguir notoriedad y fama.

El volumen, de cómoda lectura con las notas agrupadas al final de cada capítulo, incluye doce imágenes a color de obras de arte antiguas y modernas que ilustran algunos de los aspectos examinados y termina con las referencias bibliográficas utilizadas y un útil índice de nombres y personajes citados.

Rosa María MARIÑO SÁNCHEZ-ELVIRA
I.E.S. Gregorio Marañón de Madrid / Universidad Complutense de Madrid
rmarino@ucm.es